

EL CRIMEN DE LORD
ARTHUR SAVILE

CAPÍTULO PRIMERO

Era la última recepción de lady Windermere antes de la Pascua de Resurrección, y Bentinck House estaba más abarrotada incluso que de ordinario. De la velada en la residencia del Presidente del Parlamento habían llegado seis ministros con sus condecoraciones y fajines; todas las mujeres hermosas lucían sus trajes más elegantes; y al fondo de la galería de retratos se hallaba la princesa Sophia de Carlsruhe, una dama corpulenta de aspecto tártaro, ojillos negros y maravillosas esmeraldas, que hablaba un francés detestable a voz en grito y respondía con risas destempladas a todo lo que se le decía. Era sin duda una reunión fuera de lo corriente. Espléndidas parejas conversaban afablemente con violentos radicales, predicadores en la cima de su popularidad se mezclaban con eminentes escépticos, un impecable grupo de obispos no se cansaba de seguir a una robusta prima donna de habitación en habitación, varios miembros de la Academia Real se hacían notar en las escaleras disfrazados de artistas y se decía que en un momento determinado el comedor se hallaba absolutamente atestado de genios. De hecho era una de las mejores noches de lady Windermere, y la princesa se quedó hasta casi las once y media.

Tan pronto como se hubo ido, lady Windermere regresó a la galería de retratos –donde un celebrado economista metido

a político explicaba de manera solemne la teoría científica de la música a un indignado intérprete húngaro– y se puso a hablar con la duquesa de Paisley. Estaba en verdad muy hermosa con su espléndido cuello marfileño, sus grandes ojos de color azul nomeolvides y sus densos rodetes de cabellos dorados. Cabellos de oro puro: no de ese pálido color de paja que en la actualidad usurpa el elegante nombre del rey de los metales, sino de un oro como el que está tejido en los rayos de sol o escondido en el exótico ambar, lo que daba a su rostro algo del marco adecuado para una santa, con no poco de la fascinación de una pecadora. Lady Windermere permitía llevar a cabo un curioso estudio psicológico. Muy pronto en la vida había descubierto la importante verdad de que nada se parece tanto al candor como la imprudencia; y gracias a una serie de temerarias aventuras, la mitad de ellas del todo inofensivas, había adquirido todos los privilegios que concede una personalidad destacada. Pese a haber cambiado de marido más de una vez –Debrett, de hecho, le atribuye tres matrimonios–, como seguía siendo fiel al mismo amante, hacía mucho que el mundo no le atribuía ya ningún escándalo. Había cumplido los cuarenta y no tenía hijos, pero sí una desordenada pasión por el placer que es el secreto de la eterna juventud.

De repente miró con preocupación por toda la sala, y dijo, con su nítida voz de contralto:

–¿Dónde está mi quiromántico?

–¿Tu qué, Gladys? –exclamó la duquesa, dando un respingo.

–Mi quiromántico, duquesa; no sé vivir sin él en estos momentos.

–Mi querida Gladys, ¡siempre tan original! –murmuró la duquesa, tratando de recordar qué era en realidad un quiromántico, con la esperanza de que no fuese lo mismo que un pedicuro.

–Viene dos veces por semana a leerme la mano –continuó lady Windermere– y es de lo más interesante.

«¡Dios del cielo!», se dijo la duquesa, «es una especie de podólogo, al fin y al cabo. Qué cosa tan terrible. Espero, por lo menos, que sea un extranjero. No estaría tan mal en ese caso.»

–Se lo tengo que presentar, desde luego.

–¡Presentármelo! –exclamó la duquesa–. ¿No me irás a decir que ha venido a la fiesta? –Y empezó a buscar un abanico de carey y un chal de encaje muy venido a menos, para estar así lista y poder marcharse en cualquier momento.

–Por supuesto; no se me pasaría por la cabeza dar una fiesta sin él. Me explica que tengo una mano puramente psíquica, y que si mi pulgar hubiese sido más corto, aunque fuese muy poco, me habría hecho sin remedio pesimista, y habría acabado en un convento.

–¡Ah, ya entiendo! –dijo la duquesa, sintiendo un gran alivio–; dice la buenaventura, ¿no es eso?

–Sin olvidar las desventuras –respondió lady Windermere–, todas las que haga falta. El año que viene, sin ir más lejos, corro grandes peligros, tanto por tierra como por mar, de manera que voy a vivir en un globo, y por la noche me subirán la cena en un cesto. Está todo escrito en mi dedo meñique o en la palma de la mano, no recuerdo cuál.

–Pero seguro que eso es tentar a la Providencia, Gladys.

–Mi querida duquesa, no me cabe la menor duda de que la Providencia resistirá la tentación en este caso. Creo que a todo el mundo se le debe decir la buenaaventura una vez al mes, para saber así lo que no debe hacer. Por supuesto, luego vamos y lo hacemos, pero ¡es tan agradable estar advertida! De manera que si alguien no va y me trae ahora mismo al señor Podgers, tendré que ir yo.

–Permítame que vaya, lady Windermere –dijo un joven alto y bien parecido que se hallaba cerca y que escuchaba la conversación con una sonrisa divertida.

–Muchas gracias, lord Arthur, pero tengo miedo de que no lo reconozca.

–Si es tan maravilloso como usted dice, lady Windermere, será difícil que me equivoque. Dígame qué aspecto tiene, y se lo traeré al instante.

–A decir verdad, no parece en absoluto un quiromántico. Quiero decir que no es ni misterioso, ni esotérico, ni tampoco romántico. Es un hombrecillo robusto, calvo, con una cabeza curiosa y grandes gafas de montura dorada; una mezcla de médico de cabecera y de abogado rural. Lo siento mucho, pero no tengo yo la culpa. La gente es muy imprevisible. Todos mis pianistas parecen exactamente poetas y mis poetas pianistas; y recuerdo que la temporada pasada invité a cenar al más terrible de los conspiradores, un sujeto que había hecho saltar por los aires a muchísima gente, y que llevaba siempre una cota de malla y una daga en la manga; y ¿saben ustedes que cuando apareció tenía exactamente el aspecto de un bondadoso clérigo entrado en años, y que estuvo contando chistes sin parar? Por supuesto, resultaba muy divertido, y todo lo que

ustedes quieran, pero mi desilusión no tuvo límites; y cuando le pregunté por la cota de malla se echó a reír, y dijo que en Inglaterra hacía demasiado frío para llevarla. Ah, ¡aquí está el señor Podgers! Vamos a ver, señor Podgers, quiero que le lea la mano a la duquesa de Paisley. Duquesa, se tiene usted que quitar el guante. No; la mano izquierda no, la otra.

–De verdad, querida Gladys, no me parece que esto sea del todo correcto –dijo la duquesa, desabrochándose sin ganas un guante de cabritilla bastante sucio.

–Las cosas interesantes no lo son nunca –dijo lady Windermere–: *on a fait le monde ainsi*.¹ Pero permítanme que los presente. Duquesa, éste es el señor Podgers, mi quiromántico preferido. Señor Podgers, le presento a la duquesa de Paisley, y si dice usted que tiene un monte de la luna mayor que el mío, nunca volveré a creer en usted.

–Estoy segura, Gladys, de que no hay nada así en mi mano –dijo la duquesa con gran seriedad.

–Vuestra Gracia está totalmente en lo cierto –dijo el señor Podgers, examinando la mano regordeta de la aristócrata, de dedos cortos y cuadrados–. El monte de la luna no está desarrollado. La línea de la vida, en cambio, es excelente. Hacedme el favor de doblar la mano. Muy agradecido. ¡Tres líneas en la muñeca! Viviréis hasta una edad muy avanzada, duquesa, y seréis extraordinariamente feliz. Ambición, muy moderada, línea del intelecto, nada exagerada, línea del corazón...

–Por favor, sea indiscreto, señor Podgers –exclamó lady Windermere.

1. «El mundo está hecho así.»

–Nada me proporcionaría mayor placer –dijo el quiromántico, haciendo una reverencia– si la duquesa hubiera cometido alguna vez indiscreciones, pero siento decir que sólo veo una gran constancia en los afectos, hermanada con un intenso sentido del deber.

–Siga, por favor, señor Podgers –dijo la duquesa, con aire de estar muy complacida.

–La economía no es la menor de las virtudes de vuestra Gracia –continuó el señor Podgers, momento en que a lady Windermere le dio un ataque de risa.

–La economía es una cosa muy buena –señaló la duquesa, satisfecha–. Cuando me casé con Paisley tenía once castillos y ni una sola casa en la que se pudiera vivir.

–Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo –exclamó lady Windermere.

–Bueno, querida mía –dijo la duquesa–, me gusta...

–La comodidad –dijo el señor Podgers–, los adelantos modernos, y disponer de agua caliente en todos los dormitorios. Vuestra Gracia está en lo cierto. La comodidad es lo único que puede darnos nuestra civilización.

–Ha descrito usted el carácter de la duquesa de manera admirable, señor Podgers, y ahora tendrá que contarnos el de lady Flora.

En respuesta a una inclinación de cabeza de la sonriente anfitriona, una muchacha alta, pelirroja como buena escocesa, y de omóplatos prominentes, avanzó torpemente desde detrás del sofá y ofreció una mano larga y huesuda con dedos de yemas anchas.

–¡Ah, una pianista! Ya veo –dijo el señor Podgers–; una

pianista excelente, pero quizá sin deseos de componer. Muy reservada, muy sincera y gran amante de los animales.

–¡Muy cierto! –exclamó la duquesa, volviéndose hacia lady Windermere–, ¡absolutamente cierto! Flora mantiene dos docenas de collies en Macloskie, y convertiría nuestra casa de Londres en un jardín zoológico si su padre se lo permitiera.

–Bueno, eso es ni más ni menos lo que hago con mi casa todos los jueves por la noche –exclamó lady Windermere, riendo–, aunque prefiero los leones a los collies.

–Vuestro único error, lady Windermere –dijo el señor Podgers con una pomposa reverencia.

–Si una mujer no es capaz de cometer errores encantadores, no es más que una fémica –fue la respuesta–. Pero tiene usted que leernos alguna mano más. Vamos, sir Thomas, muéstrele la suya al señor Podgers.

Y un anciano caballero, de aspecto cordial y chaleco blanco, se adelantó y ofreció una mano fuerte, dura, con un dedo corazón muy largo.

–Un temperamento aventurero, cuatro largos viajes en el pasado y uno todavía por llegar. Tres veces náufrago. No, sólo dos, pero con peligro de volver a irse a pique en su próximo viaje. Conservador convencido, muy puntual, y apasionado coleccionista de curiosidades. Estuvo muy enfermo entre los dieciséis y los dieciocho años. Heredó una fortuna cuando tenía alrededor de treinta. Muy en contra de los gatos y de los radicales.

–¡Extraordinario! –exclamó sir Thomas–; también tiene usted que leerle la mano a mi mujer, de verdad.

–La de su segunda esposa –dijo el señor Podgers sin alzar la voz y reteniendo aún la mano de sir Thomas–. La de su segunda esposa. Lo haré encantado.

Pero lady Marvel, una mujer de especto melancólico, de cabello castaño y pestañas sentimentales, se negó con firmeza a que se sacara a la luz su pasado o su futuro; y tampoco las repetidas exortaciones de lady Windermere lograron que monsieur de Koloff, el embajador ruso, llegara siquiera a quitarse los guantes. De hecho mucha gente parecía tener miedo a enfrentarse con el extraño hombrecillo y su sonrisa estereotipada, sus lentes de montura dorada y sus ojos redondos y brillantes; y cuando le dijo a la pobre lady Fermor, delante de todo el mundo, que la música no le interesaba en lo más mínimo, pero que le gustaban muchísimo los músicos, la impresión generalizada fue que la quiromancia era una ciencia de lo más peligroso y a la que no se debía dar alas, excepto en un *tête-à-tête*.

Lord Arthur Savile, sin embargo, que no sabía nada de la desafortunada historia de lady Fermor, y que, lleno de una inmensa curiosidad, había observado al señor Podgers con gran interés y estaba deseoso de que le leyera la mano, si bien le avergonzaba un poco la posibilidad de ofrecerse para el experimento, atravesó la sala hasta donde se hallaba lady Windermere y, ruborizándose de la manera más encantadora, le preguntó a la anfitriona si creía que el quiromántico lo tendría a bien.

–Por supuesto que lo hará con mucho gusto –respondió lady Windermere–; está aquí para eso. Todos mis leones, lord Arthur, son leones amaestrados, y saltan por el aro

siempre que se lo pido. Aunque he de avisarle con antelación de que le contaré a Sybil lo que le diga. Mañana almorzará conmigo para hablar de sombreros, y si el señor Podgers descubre que tiene usted mal genio, o tendencia a padecer la gota², o una esposa que vive en Byaswater, no le quepa la menor duda de que se lo contaré de pe a pa.

Lord Arthur sonrió y agitó la cabeza.

–No tengo miedo –respondió–. Sybil me conoce tan bien como yo a ella.

–¡Ah! Me preocupa un poco oírle decir eso. La base más adecuada para el matrimonio es el mutuo desconocimiento. No; no soy en absoluto cínica, pero tengo experiencia, lo que, en realidad, viene a ser la misma cosa. Señor Podgers, lord Arthur Savile está deseoso de que le lea la mano. No le diga que su prometida es una de las jóvenes más bellas de Londres, porque la noticia apareció, hace ya un mes, en el *Morning Post*.

–Mi querida lady Windermere –exclamó la marquesa de Jedburgh–, permita que el señor Podgers siga conmigo un poco más. Acaba de decirme que debería dedicarme al teatro, y estoy muy interesada.

–Si le ha dicho eso, lady Jedburgh, será mejor que no siga. Venga aquí, señor Podgers, y lea la mano de lord Arthur Savile.

–Bien –dijo lady Jedburgh, haciendo un mohín mientras se levantaba del sofá–, si no se me permite subir al escenario, se me dejará al menos formar parte del público.

2. *Gota*: enfermedad causada por la acumulación de cristales de ácido úrico en las articulaciones de las extremidades, en las que produce una dolorosa hinchazón.

–Por supuesto; todos vamos a ser parte del público –dijo lady Windermere–; y ahora, señor Podgers, asegúrese de contarnos algo muy agradable. Lord Arthur es uno de mis mejores amigos.

Pero cuando el quiromántico vio la mano que se le ofrecía palideció de manera extraña y no dijo nada. Dio la impresión de estremecerse, y sus pobladas cejas se agitaron de la manera extraña e irritante que las caracterizaba cuando estaba perplejo. Luego le aparecieron en la frente algunas gruesas gotas de sudor, como un rocío venenoso, y los dedos, rechonchos, se le quedaron fríos y húmedos.

Lord Arthur no dejó de advertir aquellas extrañas muestras de agitación y, por primera vez en su vida, sintió miedo. Tuvo deseos de salir corriendo, pero se contuvo. Era mejor saber lo que le esperaba, por malo que fuera, que sufrir aquella horrible incertidumbre.

–Estoy esperando, señor Podgers –dijo.

–Todos estamos esperando –exclamó lady Windermere, con su impaciencia y celeridad habituales.

Pero el quiromántico no respondió.

–Me parece que Arthur va a subir a los escenarios –aventuró lady Jadburch–, y que, después de la reprimenda de lady Windermere, el señor Podgers no se atreve a decírselo.

De repente el quiromántico soltó la mano derecha de lord Arthur y se apoderó de la izquierda, inclinándose tanto para examinarla que la montura dorada de sus lentes casi pareció tocarla. Por un momento su rostro se transformó en una lívida máscara de horror, pero enseguida recuperó su sangre fría y, alzando los ojos hacia lady Windermere, dijo con una sonrisa forzada:



–Es la mano de un joven encantador.

–¡Por supuesto que sí! –respondió lady Windermere–. Pero ¿será también un marido encantador? Eso es lo que quiero saber.

–Todos los jóvenes encantadores lo son –afirmó el señor Podgers.

–No creo que un marido deba ser demasiado fascinante –murmuró, pensativa, lady Jedburgh–. Es muy peligroso.

–Mi querida niña, los maridos no son nunca demasiado fascinantes –exclamó lady Windermere–. Pero lo que quiero son detalles. Los detalles son la única cosa que tiene interés. ¿Qué le va a suceder a lord Arthur?

–Bien, en el transcurso de los próximos meses emprenderá un viaje...

–Sí, claro, ¡el viaje de novios!

–Y perderá a un familiar.

–¿No será su hermana, verdad? –dijo lady Jedburgh, con un lastimero tono de voz.

–Su hermana no, con toda seguridad –respondió el señor Podgers con un gesto reprobatorio de la mano–, nada más que un pariente lejano.

–Vaya, ¡qué desilusión! –dijo lady Windermere–. No voy a tener nada que contarle mañana a Sybil. A nadie le importan ya los parientes lejanos. Pasaron de moda hace años. Imagino, sin embargo, que más le valdrá tener a mano una tela negra de seda; siempre le valdrá para ir a la iglesia. Y ahora pasemos al comedor. Ya habrán acabado con todo, estoy segura, pero quizá encontremos algo de sopa. François la hacía antes muy bien, pero en la actualidad le preocupa

tanto la política que ya no me inspira ninguna seguridad. Me gustaría de verdad que el general Boulanger dejase de alborotar. Duquesa, ¿no está usted cansada?

–En absoluto, Gladys querida –respondió la duquesa, caminando como un pato en dirección a la puerta–. He disfrutado muchísimo, y el quirópodo, quiero decir el quiromante, es una persona interesantísima. Flora, ¿dónde está mi abanico de carey? Ah, gracias, sir Thomas, muy amable. ¿Y mi chal de encaje, Flora? Gracias otra vez, sir Thomas, cuánta amabilidad por su parte, no sé cómo agradecerse. –Y la respetable criatura logró a la larga bajar la escalera sin dejar caer su frasco de perfume más de dos veces.

Durante todo aquel tiempo lord Arthur Savile había permanecido junto a la chimenea, sin poder librarse de un sentimiento de horror, de una sensación angustiosa de la proximidad del desastre. Sonrió con tristeza a su hermana cuando pasó cerca, del brazo de lord Plymdale, encantadora con su vestido rosa de brocado y sus perlas, y apenas oyó a lady Windermere cuando lo llamó para acompañarla. Se acordó de Sybil Merton, y la idea de que algo pudiera interponerse entre los dos consiguió que las lágrimas le empañaran los ojos.

Al mirarlo, uno habría dicho que Némesis había robado el escudo de Palas Atenea para mostrarle la cabeza de la Gorgona.³ Parecía haberse convertido en piedra, y su rostro

3. En la mitología griega, Palas Atenea era la diosa de la sabiduría y la inteligencia, de las artes y las ciencias y, en general, de los dones de la civilización. Ordenó a su hermano Perseo que matara a Medusa, una de las tres Gorgonas, que eran unos monstruos espantosos con la cabellera llena de serpientes, y se puso su cabeza como adorno en el escudo que le había regalado su padre, Zeus, dios del cielo y soberano de los dioses olímpicos. Némesis era la diosa de la justicia y la venganza.

era como de mármol por su expresión melancólica. Había llevado hasta entonces la vida de lujo y placeres delicados de un joven de buena cuna y abundante patrimonio, una vida en extremo agradable gracias a la ausencia de sórdidas preocupaciones y a su maravillosa despreocupación juvenil; y ahora por vez primera se daba cuenta del terrible misterio del destino, del espantoso significado de la fatalidad.

¡Qué absurdo y monstruoso le pareció todo ello! ¿Podía estar escrito en su mano, con caracteres ilegibles para él, pero que otra persona era capaz de descifrar, algún terrible secreto pecaminoso, la sangrienta señal de un crimen? ¿No existía posibilidad de escape? ¿No éramos los seres humanos mejor que peones, movidos por un poder invisible, recipientes que el alfarero modela a su antojo para el honor o para la infamia? Su razón se rebelaba, pero sentía sin embargo que una tragedia se cernía sobre él y que se le había señalado de repente para echar sobre sus hombros una carga intolerable. ¡Cuánta suerte tienen los actores! Está en su mano elegir si interpretarán una tragedia o una comedia, si sufrirán o se divertirán, si harán reír o derramar lágrimas. Pero en la vida real es distinto. La mayoría de los hombres y de las mujeres se ven forzados a representar papeles para los que no están preparados. Nuestros Guildenstern⁴ interpretan a Hamlet, y nuestros Hamlet tienen que bromear como el príncipe Hal⁵. El mundo es un escenario, pero los papeles de la obra están mal repartidos.

4. *Guildenstern*: condiscípulo de Hamlet en la obra homónima de William Shakespeare.

5. *Príncipe Hal*: apodo con el que se conocía al príncipe de Gales (futuro Enrique V), que en la obra de Shakespeare aparecía como un personaje insensato y alocado.

De repente el señor Podgers entró en la sala. Al ver a lord Arthur se sobresaltó, y su rostro ancho, tosco, adquirió un color cercano al amarillo verdoso. La mirada de los dos hombres se cruzó y por un momento reinó el silencio.

–La duquesa se ha dejado aquí un guante, lord Arthur, y me ha pedido que se lo lleve –dijo por fin el quiromántico–. ¡Ah, ya lo veo en el sofá! Buenas noches.

–Señor Podgers, debo insistir en que me dé una respuesta sincera a la pregunta que voy a hacerle.

–En otro momento, lord Arthur, porque la duquesa está preocupada. Lo siento, pero debo irme.

–No se irá usted. La duquesa no tiene prisa.

–No se debe hacer esperar a las señoras, lord Arthur –dijo su interlocutor, con una sonrisa forzada–. El bello sexo se impacienta con facilidad.

Lord Arthur torció la boca, finamente cincelada, en irritable desdén. La pobre duquesa le parecía tener muy poca importancia en aquel momento. Cruzó la sala hasta donde se encontraba el quiromántico y le tendió la mano.

–Dígame lo que ve aquí –exigió–. Dígame la verdad. Debo saberla. No soy un niño.

El señor Podgers parpadeó tras sus lentes con montura de oro y cambió incómodo el peso de un pie a otro, mientras sus dedos jugueteaban, nerviosos, con una llamativa cadena de reloj.

–¿Qué le hace pensar que he visto algo especial en su mano, lord Arthur, aparte de lo que ya le he dicho?

–Sé que ha sido así, e insisto en que me lo diga. Le pagaré. Le extenderé un talón por valor de cien libras.

Los ojos verdes del quiromántico brillaron por un momento antes de apagarse de nuevo.

–¿Guineas? –dijo por fin, en voz baja.

–Claro que sí. Le enviaré un talón mañana. ¿A qué club?

–No pertenezco a ningún club. Quiero decir que no pertenezco a ninguno en el momento actual. Mi dirección es..., pero permítame que le dé mi tarjeta –y sacándose del bolsillo del chaleco un rectángulo de cartulina con los cantos dorados se lo entregó, con una reverencia, a lord Arthur, que leyó lo siguiente:

SEPTIMUS R. PODGERS

Quiromántico profesional

103a West Moon Street

–Mis horas de consulta son de diez a cuatro –murmuró el señor Podgers maquinalmente–, y hago un descuento si se trata de familias.

–Dése prisa –exclamó lord Arthur, muy pálido, extendiendo la mano.

El quiromántico miró con nerviosismo a su alrededor, y corrió la pesada cortina que cubría la puerta.

–Llevará algún tiempo; será mejor que se siente.

–Dése prisa, caballero –exclamó de nuevo lord Arthur, dando, enfadado, una patada en el suelo resplandeciente.

El señor Podgers sonrió, sacó del bolsillo del pecho una pequeña lupa y la limpió, cuidadoso, con el pañuelo.

–Estoy dispuesto –dijo.